

Secretaría de Prensa

MENSAJE FIN DE AÑO DE
S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR

SANTIAGO, 31 de Diciembre de 1992.

Compatriotas:

Al llegar un Nuevo Año, me dirijo a Uds. y a todos los habitantes de nuestro país, para hacerles llegar mi más cordial saludo, que quiere ser a la vez un mensaje de paz y de esperanza.

Creo que los chilenos tenemos justos motivos de satisfacción por los progresos de nuestra patria en el año que termina y de optimismo frente a lo que nos depara el que se inicia.

Impera en Chile una convivencia pacífica que se desenvuelve dentro del marco de nuestra institucionalidad democrática. Cualesquiera que sean aún sus imperfecciones, ésta es garantía de protección a la libertad y a los derechos de las personas, factor de estabilidad política y social y canal de creciente participación ciudadana. La generación de los municipios por votación popular en el curso de este año significó un nuevo paso en el fortalecimiento de nuestra democracia.

La acción sistemática contra la delincuencia y el terrorismo, que suscitan el repudio de la inmensa mayoría de los chilenos, está teniendo éxito, aunque todavía no podemos cantar una victoria definitiva. El esclarecimiento de la verdad y la acción de la justicia respecto a violencias del pasado van cerrando un capítulo doloroso que el país necesita superar. La verdad ha vuelto a ocupar un sitio de honor en la vida pública nacional, como quedó de manifiesto en hechos políticos recientes. El funcionamiento en plena libertad de medios de comunicación, permite a los chilenos estar informados de todo lo que ocurre y hace transparente el desempeño de las autoridades públicas.

Los indicadores económicos del país son los mejores de los últimos treinta años. La producción y las exportaciones crecen, aumentan el ahorro y la inversión; disminuyen, en cambio, la inflación y la desocupación. Al mismo tiempo, avanzamos resueltamente -aunque con menor velocidad de la que anhelamos- en corregir las graves desigualdades sociales que separan a los chilenos.

Este clima nacional, justo motivo de satisfacción es fruto de un esfuerzo colectivo al cual han contribuido los distintos sectores del país: Gobierno y oposición, civiles y militares, trabajadores y empresarios.

Como en toda sociedad pluralista, surgen entre nosotros debates y controversias que llegan hasta los propios Poderes del Estado; pero la sujeción de todos a los cauces que establecen la Constitución y las leyes, permite y asegura su solución conforme a derecho.

La Humanidad ha entrado en una nueva etapa histórica y Chile está integrado como nunca a un mundo cada vez más globalizado. Este fin de siglo presenta signos promisorios de paz y libertad, de intensificación de las relaciones comerciales entre países, regiones y continentes, de increíbles avances a nivel científico y tecnológico, todo lo cual abre inéditas oportunidades de progreso a naciones jóvenes como la nuestra.

En esta realidad internacional, Chile ha reasumido su participación activa, con la modestia y dignidad propia de su condición de nación pequeña pero soberana que tiene algo que aportar, conforme a su tradición histórica, para el logro de la paz y el progreso de los pueblos sobre las bases de la justicia y el derecho. En las visitas que he realizado a naciones amigas he podido comprobar el aprecio que en todas partes existe por Chile y las grandes posibilidades, tanto económicas como culturales, que a nuestro país se abren, en el ámbito internacional. Saber aprovecharlas, desde nuestra realidad de país iberoamericano y parte del mundo en desarrollo, constituye un formidable desafío nacional, que a su vez nos impone deberes de solidaridad con las naciones hermanas y con todos los pueblos que sufren, hoy simbolizados muy especialmente en los niños de Somalia.

Hoy es tiempo de mirar hacia el futuro. Con gran esfuerzo, los chilenos hemos conquistado la paz, alcanzado la democracia, abierto paso a la verdad y la justicia y puesto en marcha un camino que está resultando fecundo y promisorio, de crecimiento con equidad. Esto nos permite fijar la vista ya no en los pasados veinte años, sino en los veinte años por venir. Las energías que hasta hace poco tiempo consumíamos en conflictos y recriminaciones, debemos invertir las ahora en la innovación, en la producción, en el crecimiento personal y colectivo.

Pero nadie puede llamarse a engaño. No es la oportunidad de descansar, ni de perder el ritmo o relajar la tensión. Debo confesarles que veo signos en este sentido que me causan preocupación.

No debemos permitir, por ejemplo, que la complacencia y el egoísmo individualista se apoderen del espíritu de los chilenos que han tenido más éxito o cuentan con más recursos.

No es posible, en un país subdesarrollado donde existen todavía elevados niveles de pobreza, que sectores pudientes entren en una espiral desenfrenada de gasto y consumo.

Tampoco podemos permitirnos perder la disciplina social y política que nos ha permitido tantos éxitos, como si hubiese llegado ya el tiempo de la cosecha, cuando en verdad estamos recién en pleno período de siembra.

Chile tiene la posibilidad cierta de alcanzar el desarrollo, eliminando la pobreza y protegiendo adecuadamente su medio ambiente, en los dos próximos decenios. De nosotros depende no dejar pasar esta oportunidad.

Puede parecer inoportuno decirlo en este momento de fiesta y de optimismo; pero considero mi deber señalar que mientras tengamos compatriotas que carezcan de oportunidades para salir de la pobreza, ningún chileno puede bajar los brazos y desentenderse de la suerte del país.

En el año que se inicia se realizarán elecciones presidenciales y parlamentarias. Esto no puede arrastrarnos a la espiral del conflicto, a la mezquindad de poner por delante los intereses individuales, de grupo o de partido, ni a la ceguera del cortoplacismo. En cuanto al Gobierno que tengo el honor de presidir, mis compatriotas pueden tener la certeza de que observará la conducta y adoptará las medidas necesarias para asegurar a todos el libre ejercicio de sus derechos ciudadanos y garantizar al país la corrección del proceso electoral.

Pero, por el bien de Chile, el que inicia no puede ni debe ser un año puramente, ni principalmente, electoral. Son muchas las tareas inmediatas que tenemos por delante y que nos reclaman la preocupación de todos. Sin duda es muy importante y trascendente definir el futuro, pero no lo es menos atender a las necesidades y requerimientos del presente. Todo lo que ahora hagamos para el progreso nacional y la solución de los problemas que afligen a los chilenos, aliviará la tarea de quienes nos sucedan.

Como Presidente de la República, he asumido el compromiso -y lo reitero en esta ocasión- de trabajar hasta el último día de mi Gobierno, con el máximo de esfuerzo personal y de los equipos de autoridades y funcionarios que conmigo colaboran, para avanzar lo

más que sea posible en el cumplimiento de nuestro programa de reconciliación nacional, fortalecimiento de nuestra democracia, crecimiento económico, justicia social y participación de Chile en la comunidad internacional. Especial dedicación seguiremos consagrando al objetivo fundamental de crear las condiciones para terminar con la pobreza y llevar a Chile al desarrollo.

Pero no basta con la conducta del Gobierno; es necesaria una actitud decidida y solidaria de cada chileno y de la sociedad entera. A todos hago un formal llamado, en especial a los dirigentes políticos, sindicales y empresariales, a las autoridades espirituales, a los medios de comunicación social y a cuantos tienen influencia en el devenir cotidiano de nuestra patria, para que colaboren en este esfuerzo que Chile nos reclama.

Ruego a Dios que en el Nuevo Año que se inicia reine la paz entre las naciones y en el seno de nuestra Patria y que Chile siga progresando, en crecimiento, justicia y libertad. ¡A todos deseo cordialmente un Muy Feliz Año Nuevo!

* * * * *

SANTIAGO, 31 de Diciembre de 1992.

MLS/EMS.